VIERNES SANTO - CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Homilía del P. Abad Josep M. Soler
18 de abril de 2014
Jn 18, 1 - 19, 42

¿A quién buscáis? Cuando quienes la iban a coger llegan al huerto de Getsemaní, Jesús se adelanta, toma la iniciativa y les pregunta dos veces: *¿A quién buscáis?* Esta pregunta, hermanos y hermanas, nos recuerda otros dos momentos del Evangelio según San Juan en los que el Señor hace una pregunta similar. Al inicio de su actividad pública, lo pregunta a los dos discípulos de Juan Bautista que habían empezar a seguirlo: *¿qué buscáis?*, les dice (cf. Jn 1, 38). Y casi al final del Evangelio, ya la mañana de pascua, viendo a María Magdalena que llora ante el sepulcro vacío, le hace: *¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Jesús quiere hacerse presente en la búsqueda humana, sabe que él es la respuesta a las inquietudes del corazón y de la inteligencia. Por eso a los primeros les invitan a ir con él y ver su manera de hacer y de ser. Y a María Magdalena se le manifiesta como vencedor de la muerte con la forma tierna y amistosa de pronunciar su nombre.

En Getsemaní, preguntando *¿A quién buscáis?* Jesús pone a los que han venido a detenerlo frente a su propia responsabilidad. Ellos no buscan al Maestro y Señor, que ama entrañablemente y da la vida, que habían descubierto los dos discípulos y María Magdalena. Ellos buscan, privados de la mirada de fe como están, al blasfemo e impostor *que se ha declarado Hijo de Dios*. A pesar de la intensidad del momento y del peligro que le supone, Jesús no huye, ni permite que los suyos le defiendan. Es él quien se preocupa de defenderlos porque los ama: *si me buscáis a mí, dejad marchar a estos*. Él quiere *beber* decididamente *el cáliz que el Padre le ha dado*. Para eso había venido al mundo, aunque ante lo que le viene encima tiene el alma turbada (cf. Jn 12, 27).

En este viernes santo, ante el Cristo clavado en cruz, tenemos que oír esa pregunta dirigida a nosotros: *¿A quién buscáis?* ¿Qué indagación hay en nuestro corazón y en nuestra inteligencia? ¿Por qué estamos aquí?

Guiados por el relato de la pasión según San Juan que acabamos de escuchar e iluminados por la fe, podemos responder a la pregunta. Buscamos a aquel que, por amor al Padre y a la humanidad, está dispuesto a llevar a cabo su misión hasta el final sin desfallecer; aquel que voluntariamente se enfrenta a la muerte para curar nuestras heridas, para otorgarnos el perdón, para llevar a cabo la salvación de todos. Buscamos aquel que, a pesar de la crueldad extrema que ha sufrido por parte de sus adversarios y de sus verdugos, después de haber visto pisada hasta el máximo su dignidad humana y de haber sido víctima de una gran injusticia, ha transfigurado desde dentro todas las situaciones por dolorosas que fueran y ha hecho ofrenda al Padre y a los hermanos en humanidad. Buscamos aquel que Poncio Pilato ha presentado al pueblo diciendo: *aquí está el hombre*, aquel, por tanto, que restaura la imagen desfigurada del hombre viejo y hace emerger el hombre nuevo, el hombre según Dios. Buscamos aquel que nos ayuda a ser, también a nosotros, hombres y mujeres nuevos, no centrados en nosotros mismos y en nuestros problemas, sino abiertos a la Palabra evangélica, al amor del Padre y de los hermanos. Buscamos al que anuncia *la verdad*, al que es él mismo *la verdad*, el criterio de autenticidad de la existencia humana. Le buscamos para tener fuerzas para vivir nuestros momentos difíciles, nuestros dolores y nuestra muerte; para ser, a imitación suya, solidarios de los demás y ayudar y consolar a los que sufren. Le buscamos para agradecerle su

amor sin límites, porque escuchando la pasión intuimos, sin comprenderlo del todo, el alcance de aquellas palabras que había dicho en la última cena: *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13).

Buscamos a *Jesús de Nazaret* para que por la fe descubramos que no estamos ante una fatalidad humana, sino que detrás de los hechos de la pasión y de la muerte, hay un misterio divino; está la Santa Trinidad que desvela su amor humilde y entregado a la humanidad. Buscamos a *Jesús de Nazaret* que, de la aspereza de la cruz, ha hecho un nuevo árbol de la vida que nos ayuda a afrontar y transformar todas nuestras cruces y la muerte misma. Le buscamos porque con el aliento de sus labios nos comunica el Espíritu Santo dador de vida, y de su costado abierto brota la gracia de los sacramentos y la vitalidad fecunda de la Iglesia.

El buscamos por tantas mociones como sentimos en nuestro corazón al escuchar el relato de la pasión que es el relato del amor loco de Dios. Le buscamos como continuadores del discípulo amado, formando Iglesia con la presencia espiritual de Santa María, la Madre de Jesús que, desde la cruz, él nos ha dado como madre nuestra. Si le buscamos con sinceridad de corazón, él repite en lo más íntimo de nosotros mismos: *soy yo*, "aquí me tienes con los brazos abiertos, eternamente abiertos, para acoger-te tal como eres y hacer de ti un hombre, una mujer, nuevos”.